

Luis Merino Reyes

## Medios y fines



E improviso se descubre que ciertas modalidades íntimamente unidas al progreso, no guardan relación con las costumbres, con la pequeñez tradicional de los malos hábitos, con los vicios que envenenan el cuerpo y el alma. Algo demostrativo nos tocó presenciar hace algunos años, en la inauguración de un centro de esparcimientos destinado a un gremio de obreros, con mañas de viciosos señoritos.

Entre las hermosas y modernas dependencias se habían instalado unos relucientes baños con duchas eléctricas y llaves cromadas, más expeditas que las del mejor departamento familiar; pero ocurrió, como siempre sucede, lo imprevisto o aquello que debió preverse en especial, con oportunidad y conocimiento sociológico: los individuos del gremio beneficiado fueron despedazando con bárbara minuciosidad los artefactos y además de ignorar su empleo, se robaron cuanto pudieron extraer a mano o con delictuosas palancas.

La dirección de aquella obra social, nutrida de filantropía, se vió obligada a cerrar los baños y a dejar, sin necesidad de pregonarlo, la satisfacción de las urgencias corporales a la buena de Dios, en la intemperie que no lastimaba con su frío, ni entorpecía con su incomodidad aquellos cuerpos rústicos que nadie se había preocupado de disciplinar.

El mismo efecto y rogamos que se nos perdone la comparación asociada libremente en nuestra memoria, nos han producido los trámites, tropiezos, intrigas, calificativos y descalificaciones que exhibió en estos modernos días el otorgamiento del Premio Nacional de literatura consistente en una maciza suma de dinero.

Como en el caso del centro social y a pesar de cuanto se afirma con demasiada frecuencia, los Poderes Públicos fueron sensibles a la obra literaria y artística y promulgaron una ley protectora de los artistas.

Es seguro que para establecer tan estimable recompensa se hizo valer con hermosa dialéctica, la soledad trágica de nuestros escritores, la incomprensión vasta del medio ambiente, la pobreza que implica el heroísmo de afrontar todos los avatares de una existencia humana, absortos por un mundo imaginario, oscilante entre el vacío y el suceso puro, según la poética expresión de Paul Valéry, pero sin aptitud para ingresar en la competencia del dinero con el profesional especialista, tan ignaro muchas veces de los problemas universales por donde los artistas alternan, ni con el comerciante toscó, capaz de dormir bajo el mesón de su despacho, sin

otra compañía que perros y gatos, ni con el pequeño empleado simétrico y vulgar, diestro en la mínima tramitación y capaz de ahogarse en una gota de agua en compañía de toda su numerosa familia.

La frase ha resultado bastante larga, igual que los hipotéticos y floridos mensajes que los legisladores se espetarían en nuestro digno Parlamento. ¡Ah, pero los resultados, los vergonzosos resultados!

El anuncio de un premio de cien mil pesos para nuestros escritores de mayor prestigio, para aquellos que exhiban una obra recia, paralela al curso azaroso de sus años, ha bastado a fin de revolver todos los resentimientos, las envidias y las antipatías políticas, tanto que hasta se ha propuesto como una medida terapéutica, la supresión de este premio otorgado por una nación pobre, pero intelectual, a sus artistas.

No obstante, si nos atenemos a la forma cómo los competidores han sido presentados en la palestra y a la manera cómo sus partidarios los defienden y les despejan el camino, el más despreocupado de los observadores justificará el acto cruel de compararlos con los socios de aquel gremio incapaz de usar con propiedad los adminículos modernos.

Quizá si en ningún otro proceso se retrata, como en este caso del Premio Nacional, nuestra calidad de permanentes compadres en el albur de cuyos ajetreos el que carece de amigos incondicionales está perdido, debiendo quedar hasta la hora de la muerte, y después

de ella, más desconocido que una pesada obra erudita plagada de notas.

Algunos de los fallos del jurado establecido para discernir los premios del concurso literario municipal ya sirven de antecedente y comprueban que los buenos amigos prefieren la bondad y solvencia de sus conocidos a la categoría estética de aquellas obras cuyos autores han experimentado, seguramente, rubor de tramitarse un premio.

¿De todo ello se deduciría con dolorosa sorpresa que las personalidades más cultas y representativas de nuestra patria no estarían aún capacitadas para competir en justas de carácter estético con recompensas valorizadas en vil dinero?

Es probable que no sea así y que sólo flaqueen los métodos o que falte un armazón racional tan sólida que impida el resoplar de los impulsos gregarios, secuela de los antiguos machitunes y malones.

La costumbre de actuar con método y responsabilidad se encargaría del resto, hasta convertir el otorgamiento de los premios literarios en algo impersonal, sin compadres criollos, donde los artistas más retraídos y soberbios se encontrarían resguardados.

Suponemos que en la actualidad los respetables miembros de los jurados chilenos se reúnen a cambiar impresiones y unos dicen blanco y otros negro imponiendo los más impetuosos y elocuentes, sus puntos de vista, con beneficio evidente para sus pupilos. Después ha de levantarse un acta y tal como en los duelos sin sangre, el asun-

to se estimará concluído, quedando imperturbables los jueces al bullicio de los damnificados.

Con el mérito de esta suposición gratuita y hartos ya del espectáculo que ofrecen nuestros hombres de muchas y pocas letras, nos atrevemos a insinuar otro procedimiento, que si es vulgar y simple, busca el modelo de países más viejos cuyos procedimientos cultos, como ser el otorgamiento de premios en dinero y los cuartos de baño, mantienen una relación más decente con el bullir de pasiones inverecundas.

El método consistiría en que los miembros de cada jurado redactaran una memoria de prueba sobre los méritos de sus candidatos a la recompensa, con acopio de citas basadas en sus obras, con una experimentación relativa al camino ascendente de estas últimas y con una radiografía de sus méritos intrínsecos y extrínsecos.

Quien no fuera capaz de realizar este trabajo de orden crítico, con plenitud y talento, no sería digno de ceñir la toga prestigiosa de jurado. Y con dicha modesta innovación que ni siquiera es original, ya que la emplean como norma las academias culturales más antiguas, se alcanzaría el equilibrio entre los medios y los fines que debe caracterizar a los pueblos civilizados.